

Misión Joven

Revista de Pastoral Juvenil



Separata

MJ 526 (Noviembre 2020)

estudios

Páginas 05-12

Un congreso para nuestra historia

Algunas reflexiones sobre la experiencia vivida durante el proceso abierto con motivo del Congreso de Laicos «Pueblo de Dios en Salida»

ISAAC MARTÍN DELGADO

Mestudios

Un congreso para nuestra historia

Algunas reflexiones sobre la experiencia vivida durante el proceso abierto con motivo del Congreso de Laicos «Pueblo de Dios en Salida»

ISAAC MARTÍN DELGADO

Universidad de Castilla-La Mancha | Delegado de Apostolado Seglar de la Archidiócesis de Toledo
isaac.mdelgado@uclm.es

Síntesis del artículo

El autor, miembro del comité organizador del Congreso de laicos 2020, reflexiona sobre su experiencia en el pre-congreso y en el mismo desarrollo del encuentro que tuvo lugar en Madrid. El artículo pone de relieve que se ha tratado de un evento de enorme importancia para la Iglesia española en el que se ha vivido la sinodalidad y el discernimiento como ejes de la praxis eclesial impulsada en el pontificado de Francisco. Un congreso que ha convocado a todo el pueblo de Dios para reflexionar sobre la vocación bautismal y la misión de los laicos en una Iglesia que es comunión y que está comprometida en buscar las periferias del mundo para anunciar a Jesucristo. **#PALABRAS CLAVE:** sinodalidad, discernimiento, pueblo de Dios, vocación laical, comunión, iglesia en salida.

Abstract

The author, a member of the organizing committee of the 2020 Lay Congress, reflects on his experience in the pre-congress and in the same development of the meeting that took place in Madrid. The paper highlights that it has been an event of enormous importance for the Spanish Church in which synodality and discernment have been experienced as the axes of the ecclesial praxis promoted in Francis' s pontificate. A congress that has summoned all the people of God to reflect on the baptismal vocation and the mission of the laity in a Church that is communion and that is committed to seeking the peripheries of the world to announce Jesus Christ. **#KEYWORDS:** synodality, discernment, people of God, lay vocation, communion, church-going out.

1 A modo de justificación

Desde **Misión Joven** me han pedido que comparta contigo, querido lector, querida lectora, algunas reflexiones sobre el proceso sinodal seguido para la articulación del Congreso de Laicos celebrado en Madrid en febrero de este año y que apunte algunas conclusiones a las que he podido llegar desde mi experiencia personal como parte de la organización del mismo.

Poner por escrito una vivencia tan intensa no resulta sencillo. Hacerlo, además, cuando parece quedar tan lejana como consecuencia de las extraordinarias circunstancias que estamos viviendo prácticamente la convierte en misión imposible. Pero las misiones imposibles son la especialidad de quienes creemos firmemente en Dios, formamos parte activa de la Iglesia y luchamos día a día por transformar el mundo, ¿no? Siendo consciente

de que, en este caso, las palabras no permitirán expresar plenamente lo que ha supuesto esta increíble experiencia, confío en que, al menos, puedan recoger lo esencial.

Agradezco enormemente a su Director y a los miembros de los consejos asesor y de redacción de la Revista la oportunidad que me da esta colaboración para volver sobre lo vivido en el Congreso, así como la generosidad demostrada al dedicar los contenidos de este número a este evento tan importante para nuestra Iglesia y –estoy firmemente convencido de ello– para nuestra sociedad, por el efecto que está llamado a provocar en nosotros.

Antes de hacerlo, sin embargo, me gustaría presentarme brevemente. Soy un laico de parroquia, militante de Acción Católica General, profesor universitario, casado y padre de cuatro hijos, que intento vivir la fe en medio del mundo en coherencia con mi condición seglar y que, circunstancialmente, sirvo a mi Iglesia diocesana como Delegado de Apostolado Seglar de la Archidiócesis de Toledo; por tanto, un cristiano cualquiera que, sin esperarlo, recibió el inmenso regalo de formar parte de la Comisión Ejecutiva del Congreso de Laicos, crecer interiormente durante el proceso seguido como consecuencia de la experiencia compartida durante el mismo y, en un ejercicio de corresponsabilidad, poder continuar sirviendo a la Iglesia, de la que tanto he recibido, a través de esta tarea, exigente pero preciosa.

Tratando de ser fiel a lo pedido, estructuraré esta reflexión sobre la base del significado de la palabra experiencia que, en lo que ahora interesa, tiene tres grandes acepciones: acontecimiento vivido por una persona; práctica prolongada que proporciona habilidad para hacer algo; y conocimiento de la vida adquirido por las circunstancias o situaciones vividas. Ciertamente, el Pueblo de Dios que peregrina en España ha protagonizado un acontecimiento sin precedentes cercanos, consecuen-

cia de un profundo ejercicio de discernimiento sinodal prolongado durante dos años, que ha marcado el camino para avanzar hacia una auténtica Iglesia en Salida y dar respuesta así a los retos y desafíos que nos plantea como creyentes el momento actual. Y, todo ello, como trataré de justificar, ha sido obra de la Providencia.

2 El Congreso de Laicos: un auténtico acontecimiento de todo el Pueblo de Dios que peregrina en España

Hay ocasiones que no se eligen, sino que se imponen por la fuerza de los acontecimientos o, sencillamente, por el azar. El proceso abierto con motivo del Congreso de Laicos es, claramente, una de ellas, si bien resulta necesario introducir un matiz: un análisis objetivo de todo cuanto ha acontecido en relación con el mismo durante el tiempo transcurrido desde que se dieron los primeros pasos ha sido providencial, en el sentido cristiano de la palabra.

Efectivamente, el proceso seguido no fue decidido en un despacho ni manejado en forma y fondo por un grupo selecto de personas tras un intenso ejercicio de reflexión. Todo ha resultado mucho más sencillo y, a la vez, más profundo: en el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2016-2020, estaba prevista, a modo de cierre, la celebración de un Congreso de Evangelización. En abril de 2018, la Asamblea Plenaria de la CEE tomó una doble decisión: encomendar la organización de tal Congreso a la entonces llamada Comisión Episcopal de Apostolado Seglar (ahora, Comisión para los Laicos, Familia y Vida) para que tuviera lugar en febrero de 2020; y que su temática girara en torno al laicado. Así se nos transmitió en una jornada extraordinaria de Delegados de Apostolado Seglar de todas las Diócesis españolas y Presidentes

nacionales de Movimientos y Asociaciones que tuvo lugar en junio de ese mismo año. Nadie quedó indiferente ante la noticia; sin embargo, en honor a la verdad, es preciso recordar que el sentimiento mayoritario de los presentes fue el escepticismo y, en algunos casos, un cierto rechazo, provocado principalmente por tres preguntas que surgían espontáneas: ¿tendríamos la capacidad suficiente para organizar un Congreso verdaderamente relevante e influyente con tan poco margen de tiempo? ¿Era sincera la afirmación de que se quería que fuese, ante todo, un Congreso de laicos protagonizado por laicos? ¿Iría este encuentro más allá de un evento acotado en el tiempo que culminara en un libro de actas para poner en nuestras estanterías? En mi caso concreto, muy probablemente por mi inexperiencia, lejos de experimentar desconfianza, sentí que estábamos ante una oportunidad única que ni debíamos ni podíamos desaprovechar: nuestros Obispos habían decidido celebrar un Congreso; encomendaban su organización a una serie de Comisiones que actuarían con libertad; querían que reflexionáramos sobre la vocación laical y que el proceso lo protagonizáramos los laicos. ¿Por qué dudar?; esa era mi propia pregunta.

Semanas después recibí la llamada que me metió de lleno en la iniciativa: con ella me pedían formar parte de la Comisión Ejecutiva del Congreso, integrada por dos obispos, dos sacerdotes y dos laicos, que se encargaría de impulsarlo en colaboración con otras muchas personas. Ahí se inició una aventura increíble que ya ha dado sus primeros frutos –y eso que no ha hecho más que comenzar–. Se ha logrado articular un proceso que ha llegado a las distintas realidades de la Iglesia de nuestro país y hemos vivido un Congreso único; pero percibo interiormente que lo mejor está por llegar. Quizás no será lo más extraordinario, pero sí lo más impactante: sencillamente se trata de integrar en la dinámica ordinaria de nuestras acciones pastorales y de nues-

tro modo de ser Iglesia el mandato del Papa Francisco de salir a las periferias existenciales, de mostrarnos auténticamente como lo que somos –obra de Dios para los demás–, articulándolo desde la práctica común de la sinodalidad y el discernimiento.

Efectivamente, después de lo vivido en todo este tiempo, las dos primeras dudas anteriormente reproducidas han quedado resueltas. En primer lugar, es posible afirmar con rotundidad que los laicos hemos protagonizado este proceso. Lo hemos hecho desde la implicación en su preparación y desarrollo a través de las Comisiones de Logística y Organización y de Contenidos. Pero, sobre todo –y esto es lo más relevante– lo hemos logrado desde la participación de las Diócesis españolas y de los diferentes movimientos y asociaciones. Más de 37.000 personas integradas en 2.485 grupos colaboramos activamente en la fase precongresual; más de 2.000 congresistas hemos protagonizado un encuentro en el que hemos escuchado y hablado, rezado y reflexionado juntos, desde la más auténtica libertad; contamos con un instrumento en el que se encuentran todas las aportaciones y que marcará la dinámica de las delegaciones de apostolado seglar y del apostolado seglar asociado de los próximos años. ¿Somos conscientes de lo que esto significa? Solo había dos premisas acordadas: marco temporal y tema central. El resto, que es casi todo, lo hemos hecho tanto quienes participamos en el Congreso como todos aquellos que, de un modo u otro, colaboraron activamente en la fase precongresual con sus aportaciones; y lo haremos todos cuantos nos sigamos implicando en la articulación de estas propuestas que, sin duda, seremos muchos más. Junto con ello, en segundo lugar, resulta también evidente que la vocación y misión de los fieles laicos ha sido el eje de todo el proceso. Las reflexiones compartidas con motivo del Documento-Cuestionario preparatorio, el trabajo de *Instrumentum Laboris* y el propio con-

tenido del mismo, son muestra de auténtica sinodalidad y resultado de un ejercicio de discernimiento comunitario sin precedentes en los tiempos recientes en la Iglesia española. Nos reconocemos en el contenido de los documentos y en los resultados de la fase precongresual; nos identificamos con lo que vivido en aquellos tres días intensos del Congreso; podemos leer nuestras aportaciones en la Guía de Trabajo del Postcongreso que acaba de presentarse, que integra todas las propuestas que se lanzaron en el Congreso. Todo este proceso es nuestro. Y, con él, queremos hacer realidad el subtítulo de los citados documentos: "Un laicado en acción: vivir el sueño misionero de llegar a todas las personas".

Pero, ¿qué tiene esto de providencial?

Providencial ha sido la fecha. Un tope temporal situado hace más de cinco años en un documento de trabajo de la Conferencia Episcopal implicó acertar en los tiempos. Haber optado por otro momento, siquiera 15 días después, hubiera hecho inviable el Congreso y tirado por la borda todo el trabajo.

Providencial ha sido también el tema. Una genérica referencia a un Congreso de Evangelización, concretada en una acertada decisión de nuestros Obispos de dedicarlo al laicado y conectada con la temática del Plan Pastoral de la CEE (que, bajo el título, Iglesia en misión al servicio de nuestro pueblo, tenía como finalidad "aprender a vivir como una Iglesia en salida, que sale realmente de sí misma para ir al encuentro de los que se fueron o de los que nunca han venido y mostrarles el Dios misericordioso revelado en Jesucristo"), se fue transformando en un proceso dinámico –que llegó a las diferentes Diócesis y a movimientos y asociaciones; en definitiva, a nuestras comunidades eclesiales–, con una arrolladora fuerza transformadora que nos ha ayudado eficazmente a descubrir aquello a lo que estamos llamados.

Providencial ha sido, finalmente, el planteamiento. Los laicos necesitamos que se hable en positivo de nuestra vocación. Recuerdo –no sin cierto pudor–, el aplauso espontáneo de los más de 2.000 asistentes al Congreso cuando pronuncié estas palabras, que llevo defendiendo y trato de vivir con todo mi corazón desde que tengo uso de razón apostólica: "No somos seglares por defecto, porque Dios no nos haya llamado a ser sacerdotes ni religiosos o religiosas; somos seglares por propia vocación, porque Dios nos quiere así, en coherencia con la llamada transmitida el día de nuestro bautismo. Dios nos quiere laicos y laicas presentes en medio del mundo. Esperanzados porque, aunque somos minoría en la sociedad, tenemos un papel fundamental como enviados al mundo para acompañar a los hombres y mujeres en sus anhelos y necesidades y anunciarles a Jesucristo. Convencidos de que cada uno de nosotros es importante y necesario. No en vano, Dios nos ha confiado esta misión en este concreto momento de la Historia". No me cansaré de repetirlo: la vocación laical es una auténtica vocación y hemos de ser capaces de presentarla como tal. Ahí está la clave para hacernos comprender que, por nuestro bautismo, estamos llamados a algo grande, la santidad, que en el caso de los fieles laicos se concreta en vivir la fe en medio del mundo, anunciar a Jesucristo donde sólo nosotros podemos llegar porque somos los que estamos en ese concreto ambiente y trabajar por el bien común.

Sin embargo, quedarnos aquí sería excesivamente reduccionista; hemos de elevar nuestra mirada para ser conscientes de que la realidad vivida durante las fases precongresual y congresual fue paulatinamente poniendo de manifiesto que no estábamos únicamente ante un Congreso de Laicos: se trataba de un auténtico encuentro de toda la Iglesia que peregrina en España, de todo Pueblo de Dios –obispos, sacerdotes, religiosos, laicos–. Esto, en sí

mismo, también ha sido providencial. Vernos concitados en un mismo espacio, maravillosamente preparado por los miembros de la Comisión de Organización y Logística, más de dos mil personas, con setenta obispos, decenas de sacerdotes y religiosos y cientos de laicos, palpando la comunión eclesial y sintiendo la fuerza del Espíritu, nos hizo comprender que la Iglesia constituye una realidad más grande que la simple suma de todos sus miembros, que no sólo está conformada, como se piensa habitualmente, por quienes la pastorean y por quienes dedican toda su vida al servicio de los demás como sacerdotes o religiosos, que no es tampoco un ente inorgánico e inconexo. La Iglesia está integrada por muy diferentes carismas y por tres vocaciones distintas, pero complementarias, cada una de las cuales posee una misión específica y una espiritualidad propia: sacerdocio, vida religiosa y laicado. Y es esa Iglesia, en comunión, la que ha sido soñada y querida por Dios para servir a su pueblo.

Así lo experimentamos en el Congreso, que nos ha abierto el camino para seguir profundizando en esta visión eclesial concreta. Ello ha sido posible gracias a dos claves poco exploradas hasta el momento.

3 Dos «nuevas habilidades» que hemos de seguir experimentando: sinodalidad y discernimiento

Me permitirá el lector, en línea con las acepciones que guían esta reflexión, calificar de habilidades dos de las claves que han marcado profundamente el proceso vivido con motivo del Congreso de Laicos y que están llamadas a impactar fuertemente en nuestra acción como Iglesia: la sinodalidad y el discernimiento. No en vano, no sólo son capacidades que nos unen y fortalecen como Iglesia, sino también destrezas que nos ayudan eficazmente en nuestra acción evangelizadora y pastoral.

Tal y como ha reiterado el Papa Francisco, la sinodalidad es el camino que la Iglesia ha de recorrer en el tercer milenio. Ello implica romper la rigidez de los procesos de toma de decisiones a los que estamos habituados para abrirnos a la corresponsabilidad y a la complementariedad de carismas y funciones en coherencia con la dignidad de la misión compartida de todos los bautizados. Supone escucharnos, dialogar, respetarnos, amarnos como hermanos en la fe, para comprometernos todos, cada uno en función de su vocación, con la misión de la Iglesia. Por su parte, el discernimiento implica situarse en actitud de escucha interior para saber identificar, de entre todas las voces, cuál es la que procede verdaderamente del Señor.

Desde esta perspectiva, también ha sido providencial la opción por situar en el centro de todos los trabajos y del mismo Congreso estas dos claves –la sinodalidad en la forma y el discernimiento en el fondo–, pues lo han marcado profundamente.

Hemos de reconocer que, en general, no estamos habituados a trabajar de este modo. Ciertamente, una sinodalidad mal entendida, de tipo asambleario en el peor sentido de la palabra, en donde cada grupo intenta hacer valer su visión de una concreta realidad por encima de la opuesta, no sólo es arriesgado, sino que tendrá resultados desastrosos para el fin que se persigue; al mismo tiempo, un discernimiento superficial y egocéntrico, falto de humildad o de valentía, no tendrá ningún efecto útil.

No ha sido el caso del proceso seguido con motivo del Congreso de Laicos. Sinodalidad y discernimiento tomaron forma en la organización, en el propio proceso y en el mismo Congreso.

Efectivamente, las tres Comisiones creadas para llevar adelante el proceso –la Comisión Ejecutiva, la Comisión de Organización y Logística y la Comisión de Contenidos–, desde las que actuamos en todo momento con la libertad que tenemos los hijos de Dios, escu-

chándonos, compartiendo ideas y reflexiones, fueron expresión de sinodalidad y cauce de discernimiento. No deja de impresionarme aún recordar la predisposición de sus distintos miembros, cada uno con su forma de ver y vivir la fe, para ayudar al fin común de articular un proceso que respondiera verdaderamente a lo que Dios nos pedía. ¿No es acaso impresionante ver a obispos, sacerdotes, religiosos, laicos, de diferentes procedencias eclesiales y geográficas, que no se conocían entre sí en la mayor parte de los casos, trabajando mano a mano por cumplir la concreta misión encomendada desde el reconocimiento recíproco de nuestra igual dignidad y desde el respeto de cada una de las funciones?

El proceso en sí mismo fue también expresión de estas dos claves. Su definición concreta fue el resultado de un itinerario participativo serio y bien estructurado, en el que se involucraron muchas más personas de las que podíamos haber imaginado, con un fruto palpable en el *Instrumentum Laboris* que sirvió para introducirnos en el Congreso.

También lo fue el propio Congreso, cuya ponencia final no estaba escrita en la parte de propuestas, durante el que dedicamos toda una jornada a profundizar sobre los contenidos marcados previamente entre todos y, principalmente a escucharnos, compartir y proponer. Oración, formación, celebración y diálogo para acción fueron los cuatro pilares sobre los que se articuló el programa. ¡Que alegría la vivida esos días! ¡Qué espíritu de comunión en cada momento! ¡Que fortaleza interior la adquirida al finalizar el domingo!

Y, como no podía ser de otro modo, ambas notas marcarán la fase procongresual, la verdaderamente importante, aquella por la que hemos trabajado intensamente. El Congreso no era la meta; la clave era el proceso en sí y éste nos conducía hacia el momento en el que estamos: poner en práctica las propuestas del Congreso, preparadas durante el pre-

congreso, desde el discernimiento a la luz del momento actual y con metodología sinodal, para profundizar en los cuatro itinerarios marcados: primer anuncio, acompañamiento, procesos formativos y presencia en la vida pública. Cuatro itinerarios que resumen nuestro proceso de fe y concretan la misión en la que se traduce la tarea de ser Iglesia en salida.

La puesta en práctica en un mismo contexto de la sinodalidad y el discernimiento ha tenido un doble efecto reflejo cuyo impacto será mayor aún con el paso del tiempo: la comunión y la renovación. Participar en lo común, en la evangelización –que es la vocación y misión encomendada a cada uno de nosotros en cuanto miembros de la Iglesia–, nos hace ser conscientes de que formamos parte de la misma y que, por ello, tenemos una especial responsabilidad en su edificación; al mismo tiempo, nos une en el cumplimiento de la tarea sanadora, humanizadora de las relaciones sociales, transformadora de la realidad. Un reto que abordamos con nuevas perspectivas, nuevas fuerzas, nuevos horizontes, nuevas propuestas.

¿No es providencial que haya sido precisamente en este momento, coincidiendo con una pandemia mundial que nos está golpeando duramente y ha transformado radicalmente nuestro estilo de vida, nuestra visión del ser humano y del mundo, nuestras concretas existencias, cuando hemos de iniciar el postcongreso?

4 Una clara lección de vida: ser Iglesia en salida en tiempos de pandemia

Nadie preveía lo que estaba por llegar cuando, el 16 de febrero, salíamos del Pabellón de Cristal de la Casa de Campo de vuelta a nuestros lugares de procedencia con fuerzas renovadas. Tampoco cuando, tras la Asamblea Plenaria celebrada en la primera semana de marzo, nuestros obispos aprobaban unáni-

memente las conclusiones del Congreso y las líneas esenciales del plan de trabajo para el postcongreso. La situación provocada por el Covid-19 lo ha transformado todo.

Sin embargo, aunque pueda resultar paradójico e, incluso, sorprendente, estoy firmemente convencido de que las circunstancias que estamos viviendo como consecuencia de este pequeño virus que está impactando fuertemente en nuestra vida y en nuestros usos sociales reafirman más aún la centralidad en nuestra acción pastoral de los cuatro itinerarios y el mandato asumido de ser Iglesia en Salida. En su mensaje a todos los congresistas, el Papa Francisco escribió unas palabras que confirman esta idea y conviene recordar; sonaron impactantes cuando fueron leídas por el Nuncio Apostólico durante la inauguración y cobran más sentido aún en este momento: *“este Pueblo de Dios en salida vive en una historia concreta, que nadie ha elegido, sino que le viene dada, como una página en blanco donde escribir. Está llamado a dejar atrás sus comodidades y dar el paso hacia el otro, intentando dar razón de la esperanza (cf. 1 P 3,15), no con respuestas prefabricadas, sino encarnadas y contextualizadas para hacer comprensible y asequible la Verdad que como cristianos nos mueve y nos hace felices. Para ello, se necesita esa libertad interior capaz de dejarse tocar por la realidad de nuestro tiempo y tener la valentía de salir a su encuentro. El mandato misionero es siempre actual y vuelve a nosotros con la fuerza de siempre, para hacer resonar la voz siempre nueva del Evangelio en este mundo en el que vivimos, particularmente en esta vieja Europa, en la que la Buena Noticia se ve sofocada por tantas voces de muerte y desesperación. La Palabra viva de Dios necesita ser predicada con pasión y alegría a través del testimonio cristiano para poder derrumbar hasta los muros más altos que aíslan y excluyen. Es la hora de ustedes, de hombres y mujeres comprometidos en el mundo de la cultura, de la*

política, de la industria... que con su modo de vivir sean capaces de llevar la novedad y la alegría del Evangelio allá donde estén. Los animo a que vivan su propia vocación inmersos en el mundo, escuchando, con Dios y con la Iglesia, los latidos de sus contemporáneos, del pueblo (...). Por lo tanto, no tengan miedo de patear las calles, de entrar en cada rincón de la sociedad, de llegar hasta los límites de la ciudad, de tocar las heridas de nuestra gente... esta es la Iglesia de Dios, que se arremanga para salir al encuentro del otro, sin juzgarlo, sin condenarlo, sino tendiéndole la mano, para sostenerlo, animarlo o, simplemente, para acompañarlo en su vida. Que el mandato del Señor resuene siempre en ustedes: “Vayan y prediquen el Evangelio” (cf. Mt 28,19)”. Si tenemos en nuestra mente –y en nuestro corazón– el alcance de las consecuencias que, a todos los niveles, está provocando la pandemia, sobran los comentarios. Sólo cabe señalar dos ideas fundamentales: como Iglesia no podemos ni lavarnos las manos ante esta situación ni quedarnos en casa, encerrados en nuestras comunidades, sin dar respuesta a los retos urgentes que se nos plantean con ella.

5 Una página en blanco por escribir

Conscientemente no he dado nombres de protagonistas de este proceso a lo largo de estas líneas. Ello, por un doble motivo. En primer lugar, porque no ha habido ningún protagonista especial, aunque es cierto que un grupo de personas han contribuido eficazmente a hacerlo posible (los miembros de las Comisiones mencionadas y cuantos han colaborado con ellas en distintos momentos, los ponentes del Congreso y de los encuentros previos celebrados para preparar el mismo, los responsables de las diferentes comisiones de la Conferencia Episcopal Española, entre otros). A todos ellos, con nombre y ape-

lidos, los tengo muy presentes en mi oración, agradecido no solo porque han sido artífices de este acontecimiento único, sino también por el bien que han hecho en mí como cristiano al trabajar codo con codo con ellos. En segundo lugar, porque a los auténticos protagonistas ni siquiera los conozco. Y es que no podemos olvidar que, en realidad, han sido miles las personas que han configurado el proceso, tanto en la fase previa, con las aportaciones recibidas, como durante el Congreso, donde los grupos de reflexión han constituido el motor de las propuestas que darán forma al postcongreso. Como también son anónimos para nosotros en estos momentos quienes se involucrarán en el trabajo de los próximos años.

El lector avezado se habrá dado cuenta de que no he respondido aún a la tercera de las preguntas que se mencionaron al principio: ¿conseguiremos que el Congreso vaya más allá de un simple libro de actas? La respuesta a la misma depende de nosotros.

En realidad, ya lo hemos hecho en parte, simplemente con el proceso vivido. La inercia generada por la dinámica sinodal se ha extendido a otras realidades y seguirá marcando la fase postcongresual. El discernimiento compartido como método está calando en nuestra Iglesia. Pero hace falta concretar. Y eso es cosa nuestra.

Lo ocurrido en Madrid los días 14, 15 y 16 de febrero pasará a formar parte de la historia y se integrará los anales de la Iglesia española. Así será por dos motivos: de un lado, por lo que ha significado y significa en sí mismo un encuentro con presencia de todas las Diócesis de nuestro país; de otro, por su influencia en la acción pastoral de nuestras comunidades, que se apreciará mejor con el paso del tiempo.

Pero, sobre todo, y esto es más importante aún, este proceso ya forma parte de nuestras historias, de la historia personal de cada uno

de cuantos hemos tenido ocasión de participar en su preparación y desarrollo en las diferentes fases ya concluidas o que nos uniremos al mismo en la fase postcongresual, que debemos construir igualmente entre todos.

Sin embargo, para ello habrá que superar una clara tentación en este momento: entender que lo vivido en el Congreso queda muy lejos, pues tuvo lugar antes de la pandemia, y que, por ello, lo prioritario ahora es salir adelante con el menor daño posible. De considerarlo así, estaríamos pensando, hablando y actuando como los hombres, pero no como Dios lo haría. La pandemia en sí y las consecuencias que está generando a nivel político, social, económico y cultural, así como el impacto que está teniendo en la forma de vivir y compartir la fe, no hacen sino situar en el centro las enseñanzas del Congreso: estamos llamados a ser Iglesia en salida, a anunciar a Jesucristo en un contexto de incertidumbre y sufrimiento, como sanador de heridas y corazones; a acompañar a los hombres y mujeres de hoy en su dolor y sus alegrías, en sus miedos y preocupaciones, en sus inquietudes y esperanzas; a unirnos más fuertemente a nuestro Señor para poder identificarnos más aún con Él y saber dar razones de nuestra esperanza; a comprometernos más radicalmente en la transformación de las estructuras para humanizarlas, dignificar a cuantos se integran en ellas y convertirlas en un anticipo del Reino de Dios. Todo ello, desde el discernimiento, cuestionándonos qué nos pide Dios en este concreto momento, y en clave sinodal, trabajando mano a mano, como Iglesia, como hermanos, para dar respuesta a los retos y desafíos que se nos plantean.

Esto es el Congreso de Laicos; así es la Iglesia en salida; esta es la nueva página en blanco a la que se refería el Papa Francisco que, sin haber elegido, hemos de escribir. ¿Salimos?

ISAAC MARTÍN DELGADO